Realmente hablar de Graciela de esta forma y pensar que ya no está con nosotros es algo muy doloroso para todos. Graciela fue una persona realmente excepcional, de una calidad humana incomparable. Siempre pensando en los demás y en cómo podría ayudarlos. Podría aquí dedicarme a enumerar los diferentes logros científicos y académicos de Graciela pero prefiero optar por una mirada más personal para mostrarles la persona por tras del científico. Conocí a Graciela en 1989, cuando entré en el laboratorio de Cristalografía como parte de la cursada de la materia Física Experimental del 4to año del curso de Licenciatura en Física en el Departamento de Física de la UNLP. Por aquellos años ella ya había vuelto de su estadía en el exterior y el laboratorio estaba de mudanza debido a las nuevas construcciones en el subsuelo del edificio. Así que ella realmente no contaba con mucho tiempo para dedicarme, así que no fue nada fácil orientarme, porque así como mis colegas de curso, nunca había hecho ningún tipo de contacto con la investigación y menos experimental. No obstante ella, junto con el “Parva” Ribero, muy pacientemente se empañó en enseñarme lo que era la vida de un laboratorio. Desde el inicio me fascinó su forma de ser tan humana, siempre preocupándose por todos y cada uno de los detalles personales de los miembros del laboratorio. Su apoyo y consejos constantes me ayudaron no solamente en mi formación profesional sino también en mi formación humana y por ello le voy a estar siempre agradecido. Graciela siempre empujaba a las personas a ser la mejor versión posible de ellos mismos. Nunca me voy a olvidar cuando en 1994 me sugirió fuertemente que debía asistir a la Escuela de verano de cristalografía de Pittsburg en EEUU. Yo nunca había salido del país, mi inglés no era muy bueno y estaba iniciando mis estudios en cristalografía. Realmente estaba aterrado, no obstante com su forma tan particular de ser, Graciela me convenció que era lo mejor para mi, y lo fué. Ese fue el primero de muchos pasos de los que ella me ayudó a dar, así como ayudó silenciosamente a muchos a lo largo de los años. Ella fue así una constante, un puerto seguro a lo largo de mi carrera y de mi vida personal, aun después de que vine a trabajar a Brasil. Aun hoy mis hijos la conocen como “*Vovô Graciela*”. Siempre presente en la vida familiar recordando los paseos en familia cada vez que ella venía a visitarnos a São Carlos, lo que siempre se transformaba en una fiesta para mis hijos.

Graciela fue siempre muy dedicada a su trabajo, siempre preocupada por la organización de escuelas y congresos, la mantenía en vilo la continuidad de la representación Argentina de cristalografía en la IUCR congresos a los que le gustaba mucho asistir. Sus colaboraciones com países vecinos le garantizó amistades de larga data en casi todos los países de Latinoamérica. Dada su forma de ser tan amable ella fue siempre chamada para mantener las relaciones armoniosas dentro las diferentes de las asociaciones y organizar eventos de las más diversas asociaciones científicas. Mucho del éxito de las mismas se le debe necesariamente a su paciente y elegante forma de ser, siempre muy política y com la intención de agregar personas y compartir experiencias. Me acuerdo de grandes eventos que marcaron aquellos años como la escuela Latino-americana de Cristalografía organizada en conjunto com Uruguay en 1994, la escuela Internacional de Difracción de Polvo y la de densidad de Carga en 1995, la instalación del difractómetro CAD4 también ese año y muchos otros eventos que pudieron hacerse realidad solamente gracias al esfuerzo incansable de Graciela.

Uno de los aspectos, talvez no tan mencionados de Graciela, era su pasión por la educación. Debo admitir que durante mucho tiempo no comprendí de forma cabal su dedicación apasionada por la educación de la ciencia y por la implantación de nuevos métodos educacionales que ella profesaba. No obstante hoy, en el medio de una pandemia mundial donde las formas usuales de enseñanza se han visto fuertemente comprometidas, altamente limitadas y la necesidad por nuevas aproximaciones el tema es urgente e inaplazable, veo en su actitud un pionerismo que pocos consiguieron entender y que aún hoy luchan por admitir.

Podría continuar contando los diferentes aspectos de la vida de Graciela pero en lugar de eso voy a finalizar contándoles uno de mis últimos recuerdos que tengo de ella. Fue durante mi última visita a La Plata a finales de 2018. Nos juntamos a almorzar en un restaurante de la Facultad de Ingeniería en 1 y 49. Realmente fue una grata sorpresa ese día verla a Graciela no solo por su muy buen humor, lo cual que era una constante característica en ella, sino porque me contó que había decidido que era hora de dedicarse menos a la Ciencia porque tenía que disfrutar de los nietos. Lo que más me alegró ese día fue ver el brillo en sus ojos al contarme las historias sobre sus hijos y nietos y todos los planes que tenía para compartir con ellos. Esa es la forma que decidí recordar a esa persona maravillosa que fue Graciela Punte. Mi madre científica y mucho más. Que Dios la tenga en la Gloria y guarde su alma. Mis más profundos sentimientos a Roberto, sus hijos, nietos y demás familiares en estos duros momentos que les tocan vivir.